

VISITA PASTORAL DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A ACERRA
**ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, EL CLERO, LOS RELIGIOSOS
Y LAS FAMILIAS DE LAS VÍCTIMAS DE LA CONTAMINACIÓN
AMBIENTAL**

DISCURSO DEL SANTO PADRE

*Catedral de Santa María de la Asunción (Acerra)
Sábado, 23 de mayo de 2026*

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
¡La paz sea con vosotros!

*Eminencias, Excelencias,
queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y gracias por vuestra acogida!*

Doy gracias al Señor por poder encontrarme con vosotros, al regresar a Campania pocos días después de mi visita al Santuario de Pompeya y a la ciudad de Nápoles. Sabéis que el Papa Francisco ya había deseado venir aquí, a lo que tristemente se ha dado en llamar «Tierra de los fuegos», pero no le fue posible. Hoy queremos hacer realidad su deseo, *reconociendo el gran don que la encíclica Laudato si' ha representado para la misión de la Iglesia en esta tierra. De hecho, el grito de la creación y de los pobres entre vosotros se ha percibido de manera más dramática, debido a una mezcla letal de intereses oscuros e indiferencia hacia el bien común, que ha envenenado el ambiente natural y social. ¡Es un grito que pide conversión!*

En esta catedral vivimos un primer momento, el eclesial y, me gustaría decir, el más familiar de mi visita. Después, en la plaza, nos encontraremos idealmente con toda la sociedad. *He venido ante todo a recoger las lágrimas de quienes han perdido a seres queridos, asesinados por la contaminación ambiental provocada por personas y organizaciones sin escrúpulos, que durante demasiado tiempo han podido actuar con impunidad. Estoy aquí, sin embargo, también para dar las gracias a quienes han respondido al mal con el bien, especialmente a una Iglesia que ha sabido atreverse a denunciar y a profetizar, para reunir al pueblo en la esperanza.* Así, sabiendo que os visitaba en vísperas de Pentecostés, he buscado en las Sagradas Escrituras una página que pudiera interpretar e inspirar vuestro camino. La he encontrado en una grandiosa visión del profeta Ezequiel, llevado por el Señor a vivir una experiencia que, para el pueblo en el exilio, debía convertirse en un fuerte mensaje de resurrección. Ezequiel cuenta: «La mano del Señor se posó sobre mí y el Señor me llevó en espíritu y me depositó en la llanura que estaba llena de huesos; me hizo pasar junto a ellos por todas partes. Vi que eran en grandísima cantidad en la extensión del valle y todos estaban secos» (Ez 37,1-2).

Queridísimos, Dios había puesto al hombre y a la mujer en un jardín, para que lo cultivaran y lo custodiaran. Todo era vida, belleza, fertilidad. También esta tierra se llamaba antiguamente *Campania felix*, porque era capaz de encantar por su fecundidad, sus productos y su cultura, como un himno a la vida. Y, sin embargo, he aquí la muerte, de la tierra y de los hombres. Podemos identificarnos con la consternación del profeta ante aquella extensión de huesos secos. Sufrimos por la devastación que ha comprometido un maravilloso ecosistema, lugares, historias y recuerdos. Ante esta realidad pueden darse dos actitudes: *la indiferencia o la responsabilidad. Vosotros habéis elegido la responsabilidad y, con la ayuda de Dios, habéis emprendido un camino de compromiso y de búsqueda de la justicia.*

El Señor, entonces, le hace una pregunta a Ezequiel: «Me dijo: “Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?”. Yo respondí: “Señor Dios, tú lo sabes”» (Ez 37,3). Queridísimos, he aquí que Dios tiene para nosotros nuevas preguntas, que amplían nuestro horizonte. Él sabe que tenemos un corazón que busca la vida y anhela la eternidad, pero que las remite con demasiada facilidad a un tiempo indefinido y lejano, a un mundo diferente que aún no existe. Ezequiel, en cambio, debe servir a su pueblo, al que está aquí, en la situación en que se encuentra. Del mismo modo, nuestras Iglesias tienen la misión de hacer resonar aquí y ahora la Palabra de Dios. Esta Palabra nos pregunta si creemos en sus propias posibilidades: es Palabra de vida. Si hoy nos reunimos, es para responder a esta Palabra. Y respondemos así: Señor, la muerte parece estar por todas partes, la injusticia parece haber vencido, la criminalidad, la corrupción, la indiferencia siguen matando, el bien parece haberse secado. Pero, si tú nos preguntas: «¿Podrán revivir estos huesos?», nosotros creemos y decimos: «¡Señor Dios, tú lo sabes!». Tú sabes que podemos levantarnos, porque tú mismo nos tomas de la mano. Tú sabes que nuestro desierto puede florecer. Tú sabes cambiar el luto en alegría.

Hermanas y hermanos, todo esto es muy concreto: es una promesa que ya se está haciendo realidad. El papa Francisco, en la encíclica *Laudato si'*, aunque denuncia un paradigma de muerte, ha anunciado claramente la silenciosa irrupción de la vida nueva. Tras enumerar realidades en las que las personas ya vuelven a partir juntas y dan nueva forma a la justicia social y ambiental, escribe: «La auténtica humanidad, que invita a una nueva síntesis, parece habitar en medio de la civilización tecnológica, casi imperceptiblemente [...]. ¿Será una promesa permanente, a pesar de todo, que florece como una obstinada resistencia de lo que es auténtico?» (*Laudato si'*, 112).

Queridísimos, sed testigos de esta «obstinada resistencia» que se convierte en renacimiento, allí donde el Evangelio ilumina y transforma la vida. Esto nos lo enseñó el Concilio Vaticano II, en particular con la Constitución *Gaudium et spes*. El Señor nos plantea nuevas preguntas sobre cómo se vive en nuestros barrios, sobre la disposición a trabajar juntos entre personas e instituciones, sobre nuestra pasión educativa, sobre la honestidad en el trabajo, sobre la distribución equitativa del poder y de las riquezas, sobre el respeto por las personas y por todas las criaturas. ¿Podrán estas tierras revivir? Sed vosotros

mismos la respuesta: una comunidad unida, en la fe y en el compromiso. La vida se multiplicará entonces.

Y he aquí el mandato del Señor a su profeta: «Profetiza sobre estos huesos y diles: “Huesos secos, escuchad la palabra del Señor. Así dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí que haré entrar en vosotros el espíritu y reviviréis”» (*Ez 37,4-5*). Ezequiel obedece y observa: «Profeticé como se me había ordenado; mientras profetizaba, oí un ruido y vi un movimiento entre los huesos, que se acercaban unos a otros, cada uno a su correspondiente. Miré, y he aquí que aparecieron sobre ellos los nervios; la carne crecía y la piel los cubría, pero no había espíritu en ellos» (*Ez 37,7-8*). Comprendemos, pues, que el milagro no se produce de una sola vez. El profeta está ciertamente asombrado por lo que ve y oye, pero aún no basta, aún falta algo. Lo mismo ocurre con nosotros: hay que seguir confiando, seguir escuchando, seguir creyendo. Las decisiones que habéis tomado, el camino eclesial que habéis recorrido, los pequeños y grandes nuevos comienzos con los que habéis afrontado el dolor aún no lo son todo. Si uno se detiene, retrocede. De hecho, el Señor vuelve a hablar a Ezequiel: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo del hombre, y anuncia al espíritu: “Así dice el Señor Dios: Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, para que vuelvan a la vida”. Yo profeticé como me había mandado, y el espíritu entró en ellos, y volvieron a la vida y se pusieron en pie; eran un ejército grande, innumerable» (*Ez 37,9-10*).

Hermanos y hermanas, que el Espíritu Santo os conceda ver un «ejército» de paz que se pone en pie y cura las heridas de esta tierra y de sus comunidades. Ya no fuego que destruye, sino fuego que reaviva y calienta, el fuego del Espíritu que enciende los corazones y las mentes de miles y miles de hombres y mujeres, de niños y ancianos, e inspira cuidado, consuelo, atención, amor verdadero. En particular vosotros, familias a las que la muerte ha golpeado, generad vida nueva transmitiendo a hijos e hijas, a nietos y vecinos ese sentido de la responsabilidad que hasta ahora ha faltado demasiadas veces. Dejad morir el resentimiento, practicad vosotros los primeros la justicia que pedís, dad testimonio de la vida, educad en el cuidado.

Y vosotros, ministros ordenados, religiosas y religiosos, sed miembros vivos de este pueblo: manifestad cada día la autoridad del servicio, que se rebaja y se acerca, que da el primer paso y perdona. De hecho, hay que dismantelar una cultura del privilegio, de la prepotencia, de la falta de rendición de cuentas, que tanto mal ha hecho a esta tierra, como a muchas otras regiones de Italia y del mundo. Que el Espíritu sople desde los cuatro vientos e inspire nuevas formas de anuncio, de cooperación, de regeneración ambiental y social. Existe, en efecto, una espiritualidad de los lugares, pero que lo debe todo a la espiritualidad de las personas. El cambio del mundo, de hecho, siempre comienza en el corazón. El mismo Ezequiel, antes de esta profecía de muerte y resurrección, anunció la renovación de la que solo Dios es capaz: «Así dice el Señor Dios [...] os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón

de carne. Pondré mi espíritu dentro de vosotros y haré que viváis según mis leyes, y que observéis y pongáis en práctica mis normas. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Ez 36,22.27-28).

Que Jesús Resucitado nos conceda vivir juntos así, capaces de acoger y poner en práctica la Palabra de Dios, peregrinos aquí abajo y ciudadanos en su eternidad.

Encuentro con los alcaldes y los fieles de diversos municipios de la «Tierra de los Fuegos»

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días a todos! Saludo a las autoridades y agradezco a todos los que colaboraron en la preparación de este encuentro. ¡Gracias a todos por estar aquí!

Me alegra pasar esta mañana de sábado con ustedes, para volver a visitar una región cuya belleza ninguna injusticia puede borrar. En la vida, comprendemos que cuanto más frágil es una belleza, más exige cuidado y responsabilidad. Este, queridos hermanos, es el principal sentido de mi presencia hoy en Acerra: confirmar y alentar ese impulso de dignidad y responsabilidad que todo corazón honesto siente cuando la vida brota y se ve inmediatamente amenazada por la muerte.

Quienes tienen el don de la fe comprenderán que este impulso proviene de Dios Creador, que busca en cada hombre y mujer colaboradores en sus proyectos de vida.

*Hace poco, en la Catedral, me reuní con algunos familiares de las víctimas de la contaminación que, en las últimas décadas, ha convertido tristemente a esta zona en la «Tierra de los Fuegos»: un término que no hace justicia al bien que existe y perdura, pero que sin duda **ha fomentado una mayor conciencia sobre la gravedad de la corrupción y la indiferencia que han permitido que se cometan crímenes.***

*Quise agradecer a los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, y laicos que acogieron con prontitud el mensaje de la encíclica *Laudato Si'* y la constante invitación del*

Papa Francisco a ser una Iglesia abierta, misionera y sinodal. Caminar juntos, superar el ensimismamiento, atreverse a profetizar a pesar de la resistencia y las amenazas es lo que el Señor nos pide y lo que su Espíritu inspira.

*En esta tierra, en efecto, la vida existe y se opone a la muerte; la justicia existe y se hará valer. Por supuesto, debemos elegir la vida y liberarnos de las ataduras de la muerte. Siempre hay una sutil ventaja en la resignación, en el compromiso, en posponer decisiones necesarias y valientes. El fatalismo, la queja y el culpar a otros son el caldo de cultivo de la anarquía y la desertificación de las conciencias. Por lo tanto, quisiera decirles a todos: **¡Asumamos cada uno nuestras responsabilidades, elijamos la justicia, sirvamos a la vida! El bien común está por encima de los intereses de unos pocos, de los intereses creados, sean pequeños o grandes.***

*Esta tierra ha pagado un alto precio, ha enterrado a tantos de sus hijos, ha presenciado el sufrimiento de niños e inocentes. El valor y el peso de ese dolor nos exigen esforzarnos juntos para ser testigos de un nuevo pacto. Están en camino hacia el tiempo del renacimiento, que no es un tiempo de represión, sino de acción ética y memoria activa. Es un tiempo para una mirada contemplativa, aquella a la que la encíclica Laudato si' llamó a todos los seres humanos, partiendo cada uno de sus responsabilidades. **«La cultura ecológica», escribió el Papa Francisco, «no puede reducirse a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas emergentes de la degradación ambiental, el agotamiento de los recursos naturales y la contaminación. Requiere una perspectiva diferente, una forma de pensar, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que forjen la resistencia al avance del paradigma tecnocrático»** (Laudato Si', 111).*

*Hermanas y hermanos, ese paradigma aún se presenta como vencedor hoy: está en la raíz de la proliferación de conflictos, tras los cuales **se esconde la carrera por el acaparamiento de recursos; lo vemos resistirse cada vez que quienes ocupan cargos políticos e institucionales son demasiado débiles frente a los fuertes; lo encontramos activo en un desarrollo tecnológico que apunta a las ganancias vertiginosas de unos pocos y es ciego a las personas, a su trabajo y a su futuro.** Por lo tanto, si estamos llamados al cambio, este debe comenzar por nuestra propia perspectiva.*

Según algunos, dejar un mundo mejor a nuestros hijos se ha convertido en una ambición muy elevada. Sin embargo, la misión no debe ser simplemente dejar al mundo mejores hijos e hijas. El compromiso con la educación está a nuestro alcance y es una prioridad. La educación de los jóvenes, por supuesto, pero también la de los adultos; de los niños, pero también la de los ancianos; de los ciudadanos y sus líderes; de los trabajadores y los empleadores; de los fieles y los pastores: todos tenemos que aprender. Todos tenemos algo que dar, pero primero debemos aprender a recibir. No es fácil admitirlo, pero este es el comienzo del futuro: es como una puerta que se abre a aquello en lo que hasta ahora no hemos pensado, creído ni amado lo suficiente. Seguir aprendiendo: esto es lo que nos hace una comunidad. Para los cristianos, significa «recorrer el camino» con Jesús: convertirse, a cada edad, en sus discípulos cada vez mejores.

Queridos amigos, **se necesita un verdadero cambio de mentalidad en los ámbitos económico, civil e incluso religioso para construir el bien que sanará esta tierra y el planeta entero.** Entre las personas, las instituciones y las organizaciones públicas y privadas, debemos consolidar y ampliar el pacto que ya está dando sus primeros frutos en los ámbitos educativo y social. No solo contrarrestará y desmantelará alianzas criminales, sino que conectará y multiplicará positivamente las mejores fuerzas y grandes ideas que ya residen en sus corazones. Quisiera agradecer a aquellos «pioneros» que, con su valiente compromiso, fueron los primeros en denunciar los males de esta tierra y llamaron la atención sobre la realidad oculta y negada de su envenenamiento: pienso en particular en los miembros de las asociaciones ambientalistas. Ahora todos sabemos que debemos velar por la salud de la creación como velamos por la de nuestra propia casa, rechazando las tentaciones de poder y enriquecimiento vinculadas a prácticas que contaminan la tierra, el agua, el aire y la convivencia.

Crearemos, paso a paso, pero con rapidez, una economía menos individualista, un sistema menos consumista. ¡Cuánto desperdicio, cuánto derroche, cuánto veneno ha generado un modelo de crecimiento que nos ha embrujado, dejándonos más enfermos y más pobres! Aprendamos, pues, a ser ricos de una manera diferente: más atentos a las relaciones, más enfocados en potenciar el bien común, más apegados a la comunidad

local, más agradecidos al acoger e integrar a quienes vienen a vivir con nosotros.

*Es a partir de esta transformación que podemos construir buenas prácticas comunitarias: a través de personas y empresas que cultiven un sentido de los límites, no de la violación irresponsable; que tengan un gusto por la recuperación, no por la lógica de la invasión; un hambre y sed de justicia en lugar de posesión. En particular, estar cerca del corazón humano, y por lo tanto más cerca de Dios que lo creó, significa desear una comunidad más inclusiva, más unida, menos afectada por la marginación y la polarización. Pero el camino a seguir es estrecho, porque comienza con nosotros mismos, desde donde nos encontramos. Ser capaces de corregir nuestro rumbo, actuando cada día sobre los hábitos y prejuicios que hemos arraigado, viendo más allá de nuestras propias fronteras significa unirnos verdaderamente. A veces es un camino empinado y mal señalado. Un ejemplo concreto: el nombre «tierra de fuegos» alude a las hogueras que se encienden en las afueras de las ciudades, a veces por minorías rechazadas y marginadas, hermanos y hermanas a quienes pocos conocen y respetan. **La marginación siempre engendra inseguridad: la lucha cuesta arriba consiste en combatir la marginación, no a los marginados; se trata de romper toda la cadena, no solo de atacar el último eslabón. ¡Ustedes lo saben bien!***

En este Año Jubilar de San Francisco, Patrono de Italia, el Poverello de Asís nos recuerda que la paz se fundamenta en el cuidado de los demás, en la fraternidad: hemos sido colocados en un hogar común para aprender a vivir juntos. Los problemas de este hogar son nuestros problemas; su belleza es nuestra belleza. Tenemos la tarea de velar como centinelas en la noche. Podemos estar entre quienes contemplarán el nuevo amanecer.

Hermanos y hermanas, muchas gracias: ¡esta visita es muy valiosa para el Papa! Los incluyo en mis oraciones, encomendándolos a nuestra Madre María, Estrella de la Mañana, a cada uno de ustedes, a sus familias y al presente y futuro de sus comunidades. ¡Gracias!